

Unidad 2:

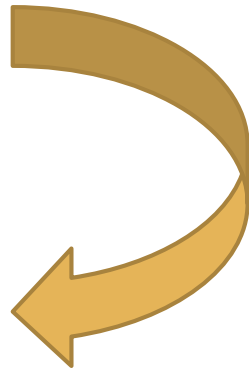
La literatura de la segunda mitad del siglo XIX: REALISMO Y NATURALISMO

LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA (4º ESO)

IES Ribera del Duero

CONTEXTO HISTÓRICO

Poder político y económico en manos de la burguesía.



- ❑ Revolución Industrial
- ❑ Desarrollo urbano
- ❑ Nueva clase social: el proletariado
- ❑ Avances tecnológicos y científicos
- ❑ La ciencia como solución a los problemas



REALISMO

Movimiento artístico y literario que tiene como objetivo **representar de forma minuciosa y objetiva la vida cotidiana y los problemas de la sociedad burguesa** de la segunda mitad del siglo XIX.



- Francia (1830) ➔ Flaubert, *Madame Bovary* (1857)
- ESPAÑA: Convulsiones sociales, políticas y económicas (La Gloriosa y la Primera República) ➔ Necesidad de reflejar la realidad.
- La novela como género literario predilecto.
 - ➔ *La Fontana de Oro* (1870) ➔ Benito Pérez Galdós



Características del Realismo

Verosimilitud

Observación objetiva

Descripciones minuciosas y detallistas

Narrador omnisciente

La realidad como materia novelable

Estilo

Intención crítica

Características del Realismo

Verosimilitud

La trama del relato, el ambiente, los personajes y el lenguaje deben resultar **reales, creíbles**.

Observación objetiva

El arte es producto de la **observación directa de la realidad** (un documento fotográfico), que alcanza la mayor objetividad con el empleo del **método científico** (observación, documentación, experimentación).

Descripciones minuciosas y detallistas

Aspecto físico, **estudio psicológico**, antecedentes biográficos, lenguaje, vestuario, contexto, mobiliario, etc.



Características del Realismo

Narrador omnisciente

La **novela** se convierte en el género por excelencia y utiliza un narrador omnisciente para ofrecer al lector información sobre los **pensamientos y sentimientos más íntimos de los personajes**, así como **comentarios personales que intentan condicionar la opinión del lector**. Asimismo, empleará diferentes **técnicas lingüísticas** con el objetivo de **ahondar en la personalidad de los personajes**.

❖ Diálogo

❖ Estilo indirecto libre:

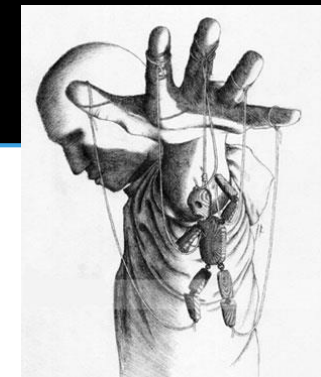
Juan estaba agotado, suspiró, los pensamientos se agolpaban en su mente, no, jamás volvería a subir corriendo.

Discurso del personaje

❖ Monólogo interior

La realidad como materia novelable

La materia literaria será el **mundo cotidiano del escritor**, reflejando temas como el adulterio, conflicto entre tradición y progreso, el anticlericalismo, etc.



Características del Realismo

Estilo

Lenguaje sencillo y referencial en el narrador; coloquial y dialectal en los diálogos de los personajes, **adaptándose a la condición social** de cada uno.



Intención crítica

Los escritores realistas plasmarán en sus novelas sus propias **posturas ideológicas**, mostrando cierta identificación con los **valores de la sociedad burguesa**, a la que, en ocasiones, también critican con la intención de reformarla. Tendremos que distinguir dos posturas:

ESCRITORES CONSERVADORES

Describen la realidad para mostrar su **DEGRADACIÓN** y postular un **REGRESO A LOS VALORES TRADICIONALES**.

ESCRITORES PROGRESISTAS

Muestran las **LACRAS SOCIALES** que obedecen, según ellos, a la **PERVIVENCIA DE UNA MENTALIDAD CONSERVADORA** que lastra el avance hacia lo nuevo.

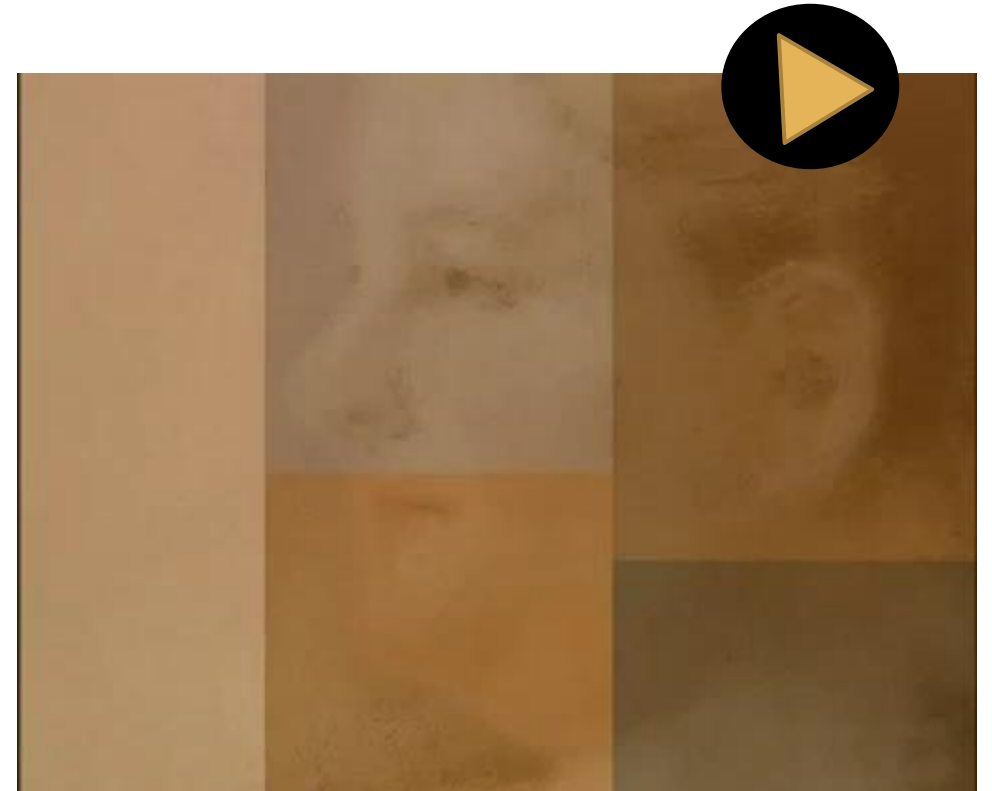
NATURALISMO

Movimiento literario que **deriva del Realismo** y que lleva al extremo las ideas de este. Ideológicamente, va asociado a una **concepción pesimista** del hombre y de la vida, explicando la conducta humana a partir de **teorías biológicas deterministas**.

- Francia (1870) ➔ Émile Zola, *La taberna* (1877)
- ESPAÑA 1880: *La desheredada* (1881) ➔ Benito Pérez Galdós



La protagonista, Isidora Rufete, padece un delirio quijotesco que la lleva a considerarse víctima de un error del destino. Aunque pertenece a la clase baja, dice poseer unos documentos que la acreditan como hija ilegítima de la marquesa de Aransis. Basa toda su vida en su presunta nobleza, gastando más de lo que le permite su posición real hasta que acaba prostituyéndose.



Polémica naturalista

★ Muy pocos novelistas españoles practicaron el **Naturalismo** puro al modo francés.

La literatura debe analizar científicamente el comportamiento humano siguiendo los principios de:

OBSERVACIÓN

El escritor observa con detenimiento la realidad.

EXPERIMENTACIÓN

El novelista experimenta con sus personajes para comprobar cómo se modifican sus reacciones según su particular condición biológica heredada.

DETERMINISMO

El hombre se encuentra determinado biológica y socialmente, no es en realidad libre, puesto que los **individuos están determinados por su herencia genética y su ambiente social.**

Esto explica el interés de los naturalistas por **ambientes miserables y sórdidos y por personajes tarados, alcohólicos, embrutecidos o enfermos**, ya que estos ambientes permiten demostrar la influencia determinante de la biología y del medio social.

Polémica naturalista

- **DETRACTORES:** Los escritores realistas de mentalidad cristiana, como Juan Valera, rechazaron este movimiento literario porque el Naturalismo **reflejaba con mucha crudeza los aspectos más sórdidos de la realidad y negaba la libertad de los seres humanos** → la conducta humana está determinada por la herencia biológica y el ambiente.

Describe la realidad de forma minuciosa aunque trata de embellecerla y de eliminar sus aspectos más sórdidos.



- **DEFENSORES:** Benito Pérez Galdós, “Clarín”, Vicente Blasco Ibáñez y Emilia Pardo Bazán.
Defendió el Naturalismo en artículos como *La cuestión palpitante* (1883), en los que defendía las técnicas de Zola, pero rechazaba la idea del determinismo naturalista, condicionada por sus fuertes creencias religiosas.

Polémica naturalista: textos ejemplificativos

Era ya Juanita una guapa moza en toda la extensión de la palabra [...]. Su pelo negro, con reflejos azules, estaba bien cuidado y limpio. No ponía en él ni aceite de almendras ni blandurilla de ninguna clase, sino agua sola con alguna infusión de hierbas olorosas para lavarlo mejor. Lo llevaba recogido, muy alto, sobre el colodrillo, en trenza que, atada luego, formaba un moño en figura de dos triángulos equiláteros que se tocaban en uno de los vértices. [...] Por delante, recogido el pelo, dejaba ver la tersa frente, recta y chiquita, y sobre las sienes tenía grandes rizos sostenidos con horquillas, que llaman por allí caracoles, por bajo de los cuales había una suave patillita, que no fijaba ella contra la cara con zaragatona o pepitas de membrillo, como hacen otras muchachas, sino que dejaba flotar libremente en vagas sortijillas o más bien alcayatas donde colgar corazones.

Juanita la Larga, Juan Valera



Era la vieja de las greñas de estopa entrevistada por Julián la noche de su llegada a los Pazos. Era imponente la fealdad de la bruja: tenía las cejas canas, y, de perfil, le sobresalían también las cerdas de un lunar; el fuego hacía resaltar la blancura del pelo, el color atezado del rostro, y el enorme bocio o papera que deformaba su garganta del modo más repulsivo. Mientras hablaba con la frescachona Sabel, la fantasía de un artista podía evocar los cuadros de tentaciones de San Antonio en que aparecen juntas una asquerosa hechicera y una mujer hermosa y sensual, con pezuña de cabra.

Los pazos de Ulloa, Emilia Pardo Bazán

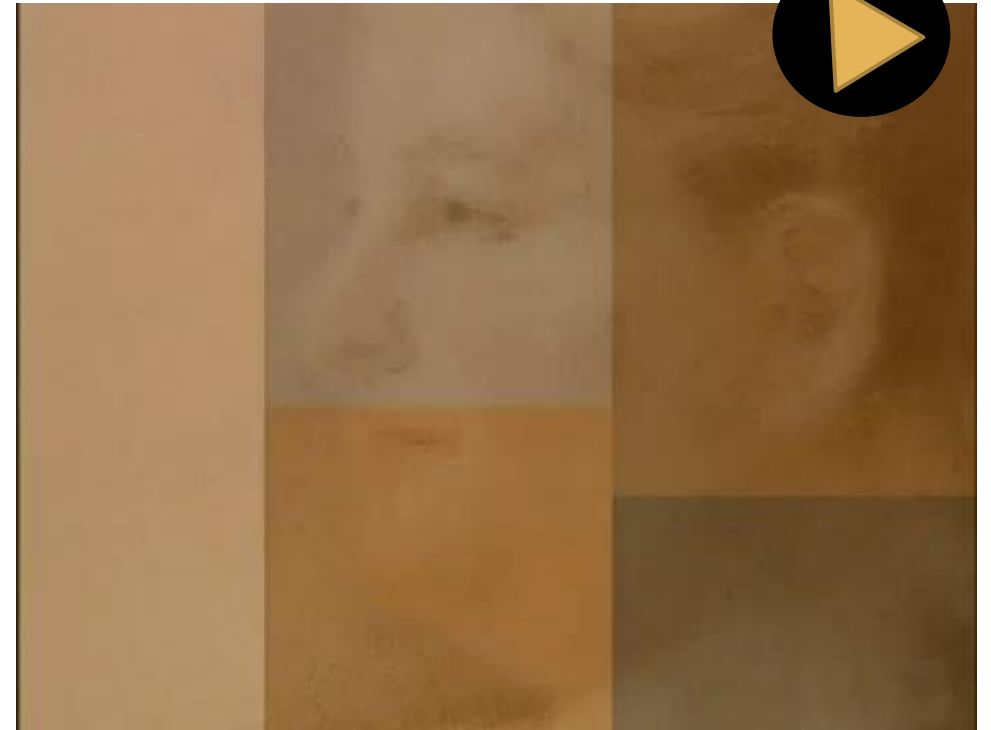
Características del Naturalismo

Características ideológicas

- ❑ **Concepción determinista** de la vida → conducta humana condicionada por las leyes de la herencia y del ambiente.
- ❑ Denuncia la degradación y las **injusticias de la sociedad burguesa**.
- ❑ Intencionalidad → **reformar la sociedad**.

Características literarias

- ❑ **Novelas extensas** y de acción escasa.
- ❑ **Descripciones objetivas** y minuciosas.
- ❑ **Preferencia por el personaje colectivo**.
- ❑ Personajes individuales con **malformaciones físicas y taras psíquicas**.
- ❑ **Narrador objetivo**
- ❑ **Lenguaje adaptado** a las distintas clases sociales.



RECAPITULACIÓN DE CONCEPTOS:

Del Realismo al Naturalismo

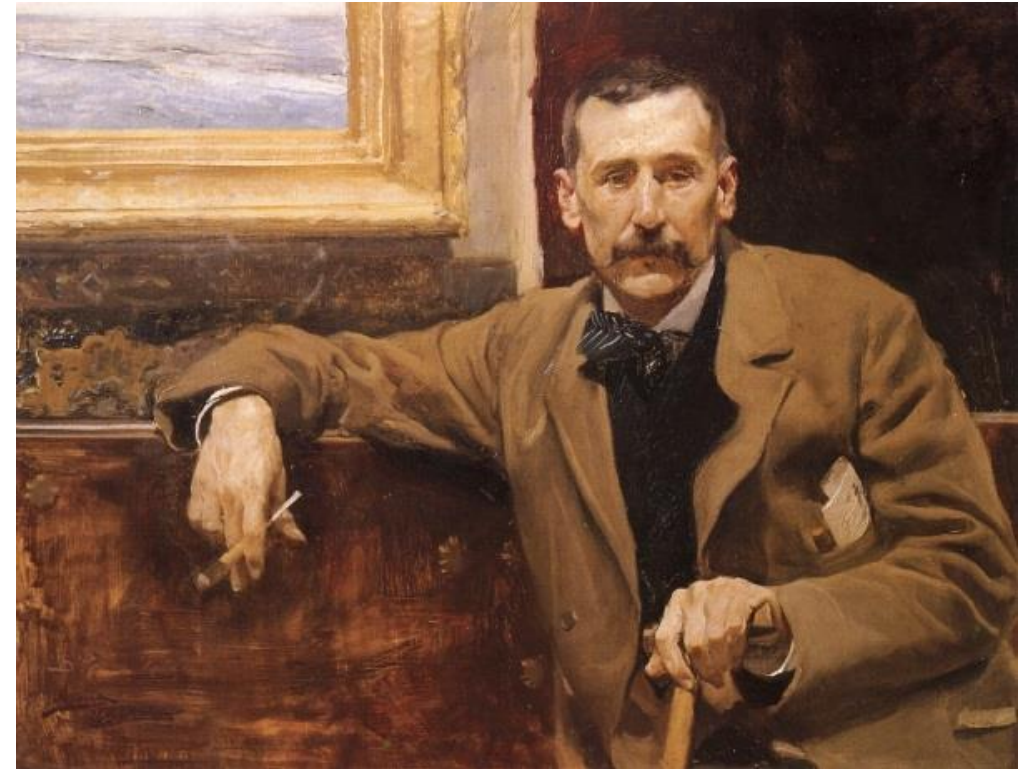
- Testimonio fiel de la sociedad.
- Utilización del método científico.
- Documentos fotográficos de la realidad.
- Protagonistas, principalmente, burgueses.



- Observación objetiva de la sociedad.
- Explicación de los comportamientos humanos:
 - Leyes de la herencia biológica → DETERMINISMO GENÉTICO.
 - La selección natural de las especies → Darwin.
- Protagonistas pertenecientes a las clases más bajas de la sociedad.
- Descripción de los aspectos más sórdidos y descarnados.

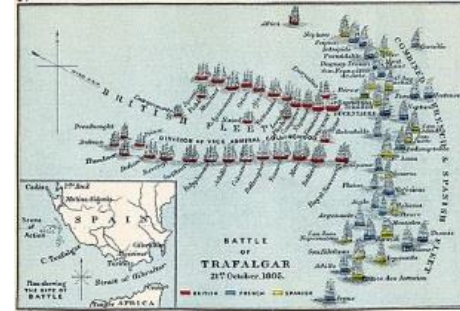
AUTORES: BENITO PÉREZ GALDÓS

- Las Palmas 1843 – Madrid 1920.
- Educación religiosa.
- Comenzó los estudios de Derecho por imposición materna, pero pronto manifestó su vocación de escritor → Redactor de *La Nación*, principal periódico progresista del momento.
- Escribió 32 novelas, 46 episodios nacionales, 24 obras de teatro, prólogos, artículos, cuentos y críticas literarias.
- Inspiración ilustrada: La educación es el instrumento más importante para el progreso del país.



Evolución de su obra literaria

□ PRIMERA ÉPOCA: Realismo



□ Novela histórica: *Episodios Nacionales*

Aprender del pasado para construir una sociedad mejor basada en la paz y en el progreso. **Comienzan con la batalla de Trafalgar en 1805 y terminan con la Restauración borbónica.**

□ Novelas de tesis: *Marianela* y *Doña Perfecta*

Defensa del progreso y la ciencia. **Analiza los defectos y males de la sociedad española reflejados en la vida cotidiana de la clase burguesa:** intolerancia religiosa, ataque al fanatismo y organización caciquil.



Evolución de su obra literaria

□ SEGUNDA ÉPOCA: Naturalismo

- **Novela contemporáneas:** *Frotunata y Jacinta* y *Lo prohibido*

Ambientadas en el **Madrid de la época**, la mayor parte de estas obras reflejaban el afán por aparentar de las clases medias venidas a menos. El comportamiento de los **personajes está determinado por la asfixiante sociedad y la herencia**.

□ TERCERA ÉPOCA: Espiritualismo

- **Superación del Naturalismo:** *Nazarín* y *Misericordia*

La sociedad no está determinanda por el ambiente o la herencia, sino que es el **individuo quien se construye así mismo**.



Características y estilo de Galdós

- Acción lenta producida por las numerosas descripciones, que crean una extraordinaria atmósfera de realismo.
- Narrador omnisciente y subjetivo que introduce comentarios personales, entra en la mente de los personajes y comenta con ironía y humor sus comportamientos.
- Caracterización psicológica indirecta mediante diálogos, monólogos interiores...
- Personajes con nombres simbólicos.
- Madrid como reflejo de toda la sociedad española y centro de todos los acontecimientos.
- Uso de los diferentes niveles y registros de la lengua: culto, coloquial, vulgar.



Fragmentos de la primera etapa: la novela histórica:

Trafalgar

Estábamos envueltos por el enemigo, cuya artillería lanzaba una espantosa lluvia de balas y de metralla sobre nuestro navío [...]. El *Agustín*, el *Herós* y el *Leandro* se batían lejos de nosotros, en posición algo desahogada, mientras el *Trinidad*, lo mismo que el navío almirante, sin poder disponer de sus movimientos, cogidos en terrible escaramuza por el genio del gran Nelson, luchaban heroicamente, no ya buscando una victoria imposible, sino movidos por el afán de perecer con honra.

Los cabellos blancos que hoy cubren mi cabeza se erizan todavía al recordar aquellas tremendas horas, principalmente desde las dos a las cuatro de la tarde. Se me representan los barcos, no como ciegas máquinas de guerra, obedientes al hombre, sino como verdaderos gigantes, seres vivos y monstruosos que luchaban por sí, poniendo en acción, como ágiles miembros, su velamen, y cual terribles armas, la poderosa artillería de sus costados. Mirándolos, mi imaginación no podía menos de personalizarlos, y aun ahora me parece que los veo acercarse, desafiarse, orzar con ímpetu para descargar su andanada, lanzarse al abordaje con ademán provocativo, retroceder con ardiente coraje para tomar más fuerza, mofarse del enemigo, increparle; me parece que les veo expresar el dolor de la herida, o exhalar noblemente el gemido de la muerte, como el gladiador que no olvida el decoro de la agonía; me parece oír el rumor de las tripulaciones, como la voz que sale de un pecho irritado, a veces alarido de entusiasmo, a veces sordo mugido de desesperación, precursor de exterminio; ahora himno de júbilo que indica la victoria; después algazara rabiosa que se pierde en el espacio, haciendo lugar a un terrible silencio que anuncia la vergüenza de la derrota.

El espectáculo que ofrecía el interior del *Santísima Trinidad* era el de un infierno. Las maniobras habían sido abandonadas, porque el barco no se movía ni podía moverse. Todo el empeño consistía en servir las piezas con la mayor presteza posible, correspondiendo así al estrago que hacían los proyectiles enemigos. La metralla inglesa rasgaba el velamen como si grandes e invisibles uñas le hicieran trizas. [...] Los hierros, cabos y demás despojos arrancados de su sitio por el cañón enemigo, llenaban la cubierta, donde apenas había espacio para moverse. De minuto en minuto caían al suelo o al mar multitud de hombres llenos de vida. [...]

Yo tuve que prestar auxilio en una faena tristísima, cual era la de transportar heridos a la bodega, donde estaba la enfermería. Algunos morían antes de llegar a ella, y otros tenían que sufrir dolorosas operaciones antes de poder reposar un momento su cuerpo fatigado. También tuve la indecible satisfacción de ayudar a los carpinteros, que a toda prisa procuraban aplicar taponés a los agujeros hechos en el casco; pero por causa de mi poca fuerza, no eran aquellos auxilios tan eficaces como yo habría deseado.

Fragmentos de la primera etapa: la novela histórica:

Trafalgar

Acción lenta, provocada por las descripciones minuciosas y detalladas presentes a lo largo de todo el fragmento.

Estábamos envueltos por el enemigo, cuya artillería lanzaba una espantosa lluvia de balas y de metralla sobre nuestro navío [...]. El *Agustín*, el *Herós* y el *Leandro* se batían lejos de nosotros, en posición algo desahogada, mientras el *Trinidad*, lo mismo que el navío almirante, sin poder disponer de sus escaramuza por el genio del gran Nelson, luchaban heroicamente, no ya buscando una victoria imposible, sino movidos por

Narrador en 1ª persona.

Verosimilitud

Los bellos blancos que hoy cubren mi cabeza se erizan todavía al recordar aquellas tremendas horas, principalmente desde las dos a las cuatro de la tarde. Se representan los barcos, no como ciegas máquinas de guerra, obedientes al hombre, sino como verdaderos gigantes, seres vivos y monstruosos que luchaban por sí, poniendo en acción, como ágiles miembros, su velamen, y cual terribles armas, la poderosa artillería de sus costados. Mirándolos, mi imaginación no podía menos de personalizarlos, y aun ahora me parece que los veo acercarse, desafiarse, orzar con ímpetu para descargar su andanada, lanzarse al abordaje con ademán provocativo, retroceder con ardiente coraje para tomar más fuerza, mofarse del enemigo, increparle; me parece que les veo expresar el dolor de la herida, o exhalar noblemente el gemido de la muerte, como el gladiador que no olvida el decoro de la agonía; me parece oír el rumor de las tripulaciones, como la voz que sale de un pecho irritado, a veces alarido de entusiasmo, a veces sordo mugido de desesperación, precursor de exterminio; ahora himno de júbilo que indica la victoria; después algazara rabiosa que se pierde en el espacio, haciendo lugar a un terrible silencio que anuncia la vergüenza de la derrota.

El espectáculo que ofrecía el interior del *Santísima Trinidad* era el de un infierno.

Intención reformista. Crítica al dolor provocado por una guerra inútil.

podía moverse. Todo el empeño consistía en servir las piezas con la mayor presteza posible, correspondiendo así al estrago que hacían los proyectiles caían como si grandes e invisibles uñas le hicieran grietas. [...] Los hierros, cabos y demás despojos arrancados de cubierta, donde apenas había espacio para moverse. De minuto en minuto caían al suelo o al mar multitud de hombres llenos de vida. [...]

Realidad como materia novelable.

Yo tuve que prestar auxilio en una faena tristísima, cual era la de transportar heridos a la bodega, donde estaba la enfermería. Algunos morían antes de llegar a ella, y otros tenían que sufrir dolorosas operaciones antes de poder reposar un momento su cuerpo fatigado. También tuve la indecible satisfacción de ayudar a los carpinteros, que a toda prisa procuraban aplicar taponés a los agujeros hechos en el casco; pero por causa de mi poca fuerza, no eran aquellos auxilios tan eficaces como yo habría deseado.

Fragmentos de la primera etapa: la novela de tesis:

Doña Perfecta

[...] Doña Perfecta era hermosa, mejor dicho, era todavía hermosa, conservando en su semblante rasgos de acabada belleza. La vida del campo, la falta absoluta de presunción, el no vestirse, el no acicalarse, el odio a las modas, el desprecio de las vanidades cortesanas, eran causa de que su nativa hermosura no brillase o brillase muy poco. También la desmejoraba la intensa amarillez de su rostro, indicando una fuerte constitución biliosa.

Negros y rasgados los ojos, fina y delicada la nariz, ancha y delicada la frente, todo observador la consideraba como acabado tipo de la humana figura; pero había en aquellas facciones una cierta expresión de dureza y soberbia que era causa de antipatías, Así como otras personas, aun siendo feas, llaman, doña Perfecta despedía. Su mirar, aún acompañado de bondadosas palabras, ponía entre ella y las personas extrañas la franqueable distancia de un respeto receloso; Mas para los de casa, es decir, para sus deudos, parciales y allegados, tenía una singular atracción. Era maestra en dominar, y nadie la igualó en el arte de hablar el lenguaje que mejor cuadraba a cada oreja.

Su hechura biliosa, y el comercio excesivo con personas y cosas devotas, que exaltaban sin fruto ni objeto su imaginación, habíanla envejecido prematuramente, y siendo joven, no lo parecía. Podría decirse de ella que con sus hábitos y su sistema de vida se había labrado una corteza, un forro pétreo, insensible, encerrándose dentro, como el caracol en su casa portátil. Doña Perfecta salía pocas veces de su concha. Sus costumbres intachables y la bondad pública que hemos observado en ella desde el momento de su aparición en nuestro relato, eran causa de su gran prestigio en Orbajosa. Sostenía además relaciones con excelentes damas de Madrid, y por este medio consiguió la destitución de su sobrino.

Fragmentos de la primera etapa: la novela de tesis:

Doña Perfecta

Acción lenta, provocada por la descripción minuciosa y detallada que compone el fragmento.

[...] **Doña Perfecta** era hermosa, mejor dicho, era todavía hermosa, conservando en su semblante rasgos de acabada belleza. La vida del campo, la falta absoluta de presunción, el no vestirse, el no acicalarse, el odio a las modas, el desprecio de las vanidades cortesanas, eran causa de que su nativa hermosura no brillase o brillase muy poco. También la belleza de su rostro, indicando una fuerte constitución biliosa.

Personaje con nombre simbólico.

Verosimilitud

Negros y rasgados los ojos, fina y delicada la nariz, ancha y delicada la frente, todo observador la consideraba como acabado tipo de la humana figura; pero había en **aquellas facciones una cierta expresión de dureza y soberbia que era causa de antipatías**. Así como otras personas, aun siendo feas, llaman, doña Perfecta despedía. Su mirar, aún acompañado de bondadosas palabras, ponía entre ella y las personas extrañas la franqueable distancia de un respeto receloso; mas para los de casa, es decir, para sus deudos, parciales y allegados, tenía una singular atracción. **Era maestra en dominar, y nadie la igualó en el arte de hablar el lenguaje que mejor cuadraba a cada oreja.**

Caracterización psicológica indirecta.

Su hechura biliosa, y el comercio excesivo con personas y cosas devotas, que exaltaban sin fruto ni provecho, habíanla envejecido prematuramente, y siendo joven, no lo parecía. Podría decirse de ella que con sus hábitos y su carácter, insensible, encerrándose dentro, como el caracol en su concha, sus costumbres intachables y la bondad pública **que hemos observado en ella desde el momento de su aparición en nuestro relato**, eran causa de su gran prestigio en Orbajosa. **Sostenía además relaciones con excelentes damas de Madrid, y por este medio consiguió la destitución de su sobrino.**

Narrador omnisciente y subjetivo que incluye comentarios personales.

Realidad como materia novelable: Intención crítica a través del reflejo de una sociedad burguesa corrompida e intolerante.

Fragmentos de la segunda etapa: novelas contemporáneas:

Fortunata y Jacinta

Se consideraba Fortunata en aquel caso como ciego mecanismo que recibe impulso de sobrenatural mano. Lo que había hecho, hacía, a juicio suyo, por disposición de las misteriosas energías que ordenan las cosas más grandes del universo, la salida del Sol y la caída de los cuerpos graves. Y ni podía dejar de hacerlo, ni discutía lo inevitable, ni intentaba atenuar su responsabilidad, porque esta no la veía muy clara, y aunque la viese, era persona tan firme en su dirección, que no se detenía ante ninguna consecuencia, y se conformaba, tal era su idea, con ir al infierno.

«Esto de alquilar la casa próxima a la tuya -dijo Santa Cruz-, es una calaverada que no puede disculparse sino por la demencia en que yo estaba, niña mía, y por mi furor de verte y hablarte. Cuando supe que habías venido a Madrid, ¡me entró un delirio...! Yo tenía contigo una deuda del corazón, y el cariño que te debía me pesaba en la conciencia. Me volví loco, te busqué como se busca lo que más queremos en el mundo. No te encontré; a la vuelta de una esquina me acechaba una pulmonía para darme el estacazo... caí».

-¡Pobrecito mío!... Lo supe, sí. También supe que me buscaste. ¡Dios te lo pague! Si lo hubiera sabido antes, me habrías encontrado.

Esparcí sus miradas por la sala; pero la relativa elegancia con que estaba puesta no la afectó. En miserable bodegón, en un sótano lleno de telarañas, en cualquier lugar subterráneo y fétido habría estado contenta con tal de tener al lado a quien entonces tenía. No se hartaba de mirarle. «¡Qué guapo estás!».

-¿Pues y tú? ¡Estás preciosísima!... Estás ahora mucho mejor que antes.

-¡Ah!, no -repuso ella con cierta coquetería-. ¿Lo dices porque me he civilizado algo? ¡Quia!, no lo creas: yo no me civilizo, ni quiero; soy siempre pueblo; quiero ser como antes, como cuando tú me echaste el lazo y me cogiste.

-¡Pueblo!, eso es -observó Juan con un poquito de pedantería-; en otros términos: lo esencial de la humanidad, la materia prima, porque cuando la civilización deja perder los grandes sentimientos, las ideas matrices, hay que ir a buscarlos al bloque, a la cantera del pueblo.

Fortunata no entendía bien los conceptos; pero alguna idea vaga tenía de aquello.

«Me parece mentira -dijo él-, que te tengo aquí, cogida otra vez con lazo, fierecita mía, y que puedo pedirte perdón por todo el mal que te he hecho...».

-Quita allá... ¡perdón! -exclamó la joven anegándose en su propia generosidad-. Si me quieres, ¿qué importa lo pasado?

En el mismo instante alzó la frente, y con satánica convicción, que tenía cierta hermosura por ser convicción y por ser satánica, se dejó decir estas arrogantes palabras:

«Mi marido eres tú... todo lo demás... ¡papas!».

Elástica era la conciencia de Santa Cruz, mas no tanto que no sintiera cierto terror al oír expresión tan atrevida. Por corresponder, iba él a decir mi mujer eres tú; pero envainó su mentira, como el hombre prudente que reserva para los casos graves el uso de las armas.

Fragmentos de la segunda etapa: novelas contemporáneas: *Fortunata y Jacinta*

Verosimilitud

Narrador omnisciente.

Se consideraba Fortunata en aquel caso como ciego mecanismo que recibe impulso de sobrenatural mano. **Lo que había hecho, hacía, a juicio suyo, por disposición de las misteriosas energías que ordenan las cosas más grandes del universo, la salida del Sol y la caída de los cuerpos graves.** Y ni podía dejar de responsabilizar a Santa Cruz, porque esta no la veía muy clara, y aunque la viese, era persona tan firme en su dirección, que ella, tal era su idea, con ir al infierno.

Madrid como espacio de todos los acontecimientos.

«Esto de alquilar la casa próxima a la tuya -dijo Santa Cruz-, es una calaverada que no puede disculparse sino por la demencia en que yo estaba, niña mía, y por mi furor de verte y haberte. **Cuando supe que habías venido a Madrid,** ¡me entró un delirio...! Yo tenía contigo una deuda del corazón, y el cariño que te debía me pesaba en la conciencia. Me volví loco, te busqué como se busca lo que más queremos en el mundo. No te encontré; a la vuelta de una esquina me acechaba una pulmonía para darme el estacazo... caí».

-¡Pobrecito mío!... Lo supe, sí. También supe que me buscaste. ¡Dios te lo pague! Si lo hubiera sabido antes, me habrías encontrado.

Esparció sus miradas por la sala; pero la relativa elegancia con que estaba puesta no la afectó. En miserable bodegón, en un sótano lleno de telarañas, en cualquier lugar subterráneo y fétido habría estado contenta con tal de tener al lado a quien entonces tenía. No se hartaba de mirarle. «¡Qué guapo estás!».

-¿Pues y tú? ¡Estás preciosísima!... Estás ahora mucho mejor que antes.

-¡Ah!, no -repuso ella con cierta coquetería-. ¿Lo dices porque me he civilizado algo? **¡Quia!, no lo creas. Yo no me civilizo, ni quiero; soy siempre pueblo; quiero ser como antes, como cuando tú me echaste el lazo y me cogiste.**

-¡Pueblo!, eso es -observó Juan con **un poquito de pedantería-**; en principio, la esencia de la humanidad, la materia prima, porque **cuando la civilización deja perder los grandes sentimientos, las ideas matrices, hay que ir a buscarlos al pueblo.**

Fortunata no entendía bien los conceptos; pero alguna idea vaga tenía de aquello.

«Me parece mentira -dijo él-, que tú, niña mía, y que puedo pedirte perdón por todo lo que me has hecho, te acuerdes de mí, y que me quieras. ¡Quita allá... ¡perdón! -exclamó ella, la joven anegándose en su propia generosidad-. Si me quieres, ¿qué importa lo pasado?»

Fortunata alzó la frente, y con satánica convicción, que tenía cierta hermosura por ser así, y por ser satánica, se dejó decir estas arrogantes

Tema del adulterio

«Mi marido eres tú... todo lo demás... ¡papas!».

Elástica era la conciencia de Santa Cruz, mas no tanto que no se acordara de lo que le había pasado, pero envainó su mentira, como **el hombre prudente** que reserva para sí lo que le conviene.

Realidad como materia novelable: Crítica a la burguesía a través de la figura de don Juan.

Caracterización psicológica indirecta.

Uso de diferentes niveles del lenguaje.

Fragmentos de la segunda etapa: novelas contemporáneas:

Fortunata y Jacinta

Me ha contado Jacinta que una noche llegó a tal grado su irritación por causa de los celos, de la curiosidad no satisfecha y de la forzada reserva, que a punto estuvo de estallar y descubrirse, haciendo pedazos la máscara de tranquilidad que ante sus suegros se ponía. Porque la peor de sus mortificaciones era tener que desempeñar el papel de mujer venturosa, y verse obligada a contribuir con sus risitas a la felicidad de don Baldomero y doña Bárbara, tragándose en silencio su amargura. Ya no le quedaba duda de que su marido entretenía, como se dice ahora, a una mujer, y de estos entretenimientos no tenían siquiera sospechas los bienaventurados papás. Sabía que la tarasca que le robaba su marido era la misma con quien tuvo amores antes de casarse, la madre del Pituso muerto, la condenada Fortunata que le había dado tantas jaquecas. Deseaba verla... Pero no; más valía que no la viera jamás, porque si la veía de fijo se le iba el santo al Cielo.

La noche a que Jacinta se refería, contando estas cosas, noche tristísima para ella por haber adquirido recientemente noticias fidedignas de la infidelidad de su marido, hubo en la casa gran regocijo. Aquel día había entrado en Madrid el rey Alfonso XII, y don Baldomero estaba con la Restauración como chiquillo con zapatos nuevos. Barbarita también reventaba de gozo, y decía: «¡Pero qué chico más salado y más simpático!» Jacinta tenía que entusiasmarse también, poner cara de Pascua a todos los que entraron felicitándose del suceso. El marqués de Casa-Muñoz oficiaba de chambelán palatino. Había tenido la dicha inmensa de estar en palacio formando parte de una de las Comisiones, y el Rey habló con él... Contaba el caso el marqués, haciendo notar bien el tono familiar con que se había expresado su Majestad: «Hola, marqués. ¿Cómo va?» Nada, lo mismo que si me hubiera tratado toda la vida.

Aparisi sostuvo poco después que él había previsto todo lo que estaba pasando. Él no era partidario de la Restauración; pero había que respetar los hechos consumados. Don Baldomero no cesaba de exclamar: «Veremos a ver si ahora, ¡qué diantres!, hacemos algo; si esta nación entra por el aro...» Jacinta se indignaba en su interior. Tenía un volcán en el pecho, y la alegría de los demás la mortificaba. Por su gusto se hubiera echado a llorar en medio de la reunión; más érale forzoso contenerse y sonreír cuando su suegro la miraba. Retorciendo en su corazón la cuerda con que a sí propia se ahogaba, se decía: «Pero a este buen señor, ¿qué le va ni le viene con el Rey?... ¡Qué les importará!... Yo estoy volada, y aquí mismo me pondría a dar chillidos si no temiera escandalizar. ¡Esto es horrible!

Don Alfonso érale antipático, porque su imagen estaba asociada a la horrible pena que la infeliz sufría. Aquella mañana fue con Barbarita a casa de Eulalia Muñoz, que vivía en la calle Mayor, a ver la entrada del Rey. Amalia Trujillo la tomó por su cuenta y la estuvo adulando antes de darle el gran susto. Hallábanse las dos solas en el balcón de la alcoba de Eulalia, y ya sonaban los clarines anunciando la proximidad del Rey, cuando Amalia, ¡plum!, le soltó el pistoletazo:

-Tu marido entretiene a una mujer, a una tal Fortunata, guapísima..., de pelo negro... Le ha puesto una casa muy lujosa, calle tal, número tantos... En Madrid lo sabe todo el mundo, y conviene que tú también lo sepas.

Quedose yerta. Ciertamente sospechaba; pero la noticia, dada así con tales detalles, como el pelo negro, el número de la casa, era un jicazaro tremendo. Desde aquel aciago instante ya no se enteró de lo que en la calle ocurría. El Rey pasó, y Jacinta le vio confusa y vagamente, entre la agitación de la multitud el turrú de tantas cornetas y músicas. Vio que se agitaban pañuelos, y bien pudo suceder que ella agitara el suyo sin saber lo que hacía... Todo el resto del día estuvo como una sonámbula [...].

Fragmentos de la segunda etapa: novelas contemporáneas:

Fortunata y Jacinta

Verosimilitud

Narrador omnisciente.

Me ha contado Jacinta que una noche llegó a tal grado su irritación por causa de los celos, de la curiosidad no satisfecha de la forzada reserva, que a punto estuvo de estallar y descubrirse, **haciendo pedazos la máscara de tranquilidad que ante sus suegros se ponía**. Porque la peor de sus mortificaciones era tener que desempeñar el papel de mujer venturosa, y verse obligada a contribuir con sus risitas a la felicidad de don Baldomero y doña Bárbara, **tragándose en silencio su amargura**. Ya no le quedaba duda de que **su marido entretenía, como se dice ahora, a una mujer** de estos entretenimientos no tenían siquiera sospechas los bienaventurados papás. Sabía que la tarasca que le robaba su marido era la misma con quien tuvo amores antes de casarse, la madre del Pituso muerto, la condenada Fortunata que le había dado tantas jaquecas. Deseaba verla... **Pero no; más valía que no la viera jamás, porque si la veía de fijo se le iba el santo al Cielo.**

Madrid como espacio de todos los acontecimientos.

La noche a que Jacinta se refería, contando estas cosas, noche tristísima para ella por haber adquirido recientemente **noticias fidedignas de la infidelidad de su marido**, hubo en la casa gran rejunte. **Aquel día había entrado en Madrid** el rey Alfonso XII, y **don Baldomero estaba con la Restauración como chiquillo con zapatos nuevos**. Barbarita también se alegraba de gozar de un marido más sereno y más simpático! Jacinta tenía que entusiasmarse también, poner cara de Pascua a todos los que entraron felicitándose en el palacio formando parte de una de las Comisiones de la Real Audiencia. Mucho se había hablado de chambelán palatino. Había tenido dicha inmensa de estar en el caso el marqués, haciendo el caso el marqués, haciendo el caso el marqués, había expresado su Majestad: «Hola, marqués. ¿Cómo va? ¿Hubiera tratado toda la vida.

Caracterización psicológica indirecta.

La realidad como materia novelable.

Aparisi sostuvo poco después que él había previsto todo lo que estaba pasando. **Él no era partidario de la Restauración; pero había que respetar los hechos consumados**. Don Baldomero no cesaba de exclamar: «Veremos a ver si ahora, ¡qué diantres! hacemos algo: si esta nación entra por el aro...» Jacinta se indignaba en su interior. Tenía un volcán en el pecho, y la alegría de los demás la mortificaba. Por su orgullo no se contenía y sonreír cuando su suegro la miraba. Retorciendo en su corazón la cuerda con el dedo índice, se decía: «¿Qué les importará!... Yo estoy volada, y aquí mismo me pondría a volar...»

Crítica social: enfrentamiento entre conservadores y progresistas.

Don Alfonso érale antipático, porque su imagen estaba asociada a la horrible pena que la infeliz sufría. Aquella mañana fue con Barbarita a casa de Eulalia Muñoz, a ver la entrada del Rey. Amalia Trujillo la tomó por su cuenta y la estuvo adulando antes de darle el gran susto. Hallábanse las dos solas en la casa de Eulalia, y ya sonaban los clarines anunciando la proximidad del Rey, cuando Amalia, ¡plum!, le soltó el pistoletazo:

Tema del adulterio

-**Tu marido entretiene a una mujer, a una tal Fortunata, guapísima...**, de pelo negro... Le ha puesto una casa muy lujosa, calle tal, número tantos... En Madrid lo sabe todo el mundo, y conviene que tú también lo sepas.

Quedose yerta. Ciertamente sospechaba; pero la noticia, dada así con tales detalles, como el pelo negro, el número de la casa, era un jicazaro tremendo. Desde aquel aciago instante ya no se enteró de lo que en la calle ocurría. El Rey pasó, y Jacinta le vio confusa y vagamente, entre la agitación de la multitud el taturú de tantas cornetas y músicas. Vio que se agitaban pañuelos, y bien pudo suceder que ella agitara el suyo sin saber lo que hacía... Todo el resto del día estuvo como una sonámbula [...].

Fragmentos de la segunda etapa: novelas contemporáneas:

Fortunata y Jacinta

Iba Jacinta tan pensativa, que la bulla de la calle de Toledo no la distrajo de atención que a su propio interior prestaba. Los puestos a medio armar en toda la acera desde los portales a San Isidro, las baratijas, las panderetas, la loza ordinaria, las puntillas, el cobre de Alcaraz y los veinte mil cachivaches que aparecían dentro de aquellos nichos de mal clavadas tablas y de lienzos peor dispuestos, pasaban ante su vista sin determinar una apreciación exacta de lo que eran. Recibía tan sólo la imagen borrosa de los objetos diversos que iban pasando, y lo así porque era como si ella estuviese parada y la pintoresca vía se corriese delante de ella como un telón. En aquel telón había racimos de dátiles colgados de una percha, puntillas blancas que caían de un palo largo, en ondas, como los vástagos de una trepadora; pelmazos de higos pasados en bloques; turrón en trozos como sillares, que parecían acabados de traer de una cantera, aceitunas en barriles rezumados; una mujer puesta sobre una silla y delante de una jaula, mostrando dos pajarillos amaestrados. Y luego, montones de oro, naranjas de seretas y hacinadas en el arroyo. El suelo, intransitable, ponía obstáculos sin fin, pilas de cantaros y vasijas ante los pies del gentío presuroso, y la vibración de los adoquines al paso de los carros parece haber bailar a personas y cacharros. Hombres con sartas de pañuelos de diferentes colores se ponían delante del transeúnte como si fueran a capearlo. Mujeres chillonas taladraban el oído con pregones enfáticos acosando al público y poniéndole en la alternativa de comprar o morir. Jacinta veía las piezas de tela desenvueltas en ondas a lo largo de todas las paredes, percales azules, rojos y verdes, tendidos de puerta en puerta, y su mareada vista le exageraba las curvas de aquellas rúbricas de trapo. De ellas colgaban, prendidas con alfileres, toquillas de los colores vivos y elementales que agradan a los salvajes. En algunos huecos brillaba el anaranjado, que chilla como los ejes sin grasa; el bermellón nativo, que parece rasguñar los ojos; el carmín, que tiene la acides del vinagre; el cobalto, que infunde ideas de envenenamiento; el verde de panza de lagarto, y ese amarillo tila que tiene cierto aire de poesía mezclado con la tisis, como en la *Traviatta*. Las bocas de las tiendas, abiertas entre tanto colgajo, dejaban ver el interior de ellas tan abigarrado como la parte externa; los horteras, de bruces sobre el mostrador, o vareando telas, o charlando. Algunos braceaban, como si nadasen en un mar de pañuelos. El sentimiento pintoresco de aquellos tenderos se revela en todo. Si hay una columna en la tienda la revisten de corsés encarnados, negros y blancos, y con los refajos hacen graciosas combinaciones decorativas.

Fragmentos de la segunda etapa: novelas contemporáneas:

Fortunata y Jacinta

Verosimilitud

Acción lenta, provocada por las descripciones minuciosas y detalladas.

Iba Jacinta tan pensativa, que **la bulla** de **la calle de Toledo** no la distrajo de atención que a su propio interior prestaba. Los puestos a medio armar en toda la acera desde **los portales a San Isidro**, las baratijas, las panderetas, la loza ordinaria, las puntillas, el cobre de Alcaz y los **Madrid como espacio de todos los acontecimientos.** exacta de lo que eran. Recibía tan sólo la imagen borrosa de los objetos diversos que iban pasando, y lo así porque era como si ella estuviese parada y la pintoresca vía se corriese delante de ella como un telón. En aquel telón había racimos de dátiles colgados de una percha, puntillas blancas que caían de un palo largo, en ondas, como los vástagos de una trepadora; pelmazos de higos pasados en bloques; turrón en trozos como sillares, que parecían acabados de traer de una cantera, aceitunas en barriles rezumados; una mujer puesta sobre una silla y delante de una jaula, mostrando dos pajarillos amaestrados. Y luego, montones de oro, naranjas de seretas y hacinadas en el arroyo. El suelo, intransitable, ponía obstáculos sin fin, pilas de cantaros y vasijas ante los pies del gentío presuroso, y la vibración de los adoquines al paso de los carros parece haber bailar a personas y cacharros. Hombres con sargas de pañuelos de diferentes colores se ponían delante del transeúnte como si fueran a capearlo. **Mujeres chillonas taladraban el oído** con pregones enfáticos acosando al público y poniéndole en la alternativa de comprar o morir. Jacinta veía las piezas de tela desenvueltas en ondas a lo largo de todas las paredes, percales azules, rojos y verdes, tendidos de puerta en las de aquellas rúbricas de trapo. De ellas colgaban, prendidas con alfileres, agradan a los salvajes. En algunos huecos brillaba el anaranjado, que chillaba como los ejes sin grasa; el bermellón nativo, que parece rasguñar los ojos; el carmín, que tiene la acides del vinagre; el cobalto, que infunde ideas de envenenamiento; el verde de panza de lagarto, y ese amarillo tila que tiene cierto aire de poesía mezclado con la tisis, como en la *Traviatta*. Las bocas de las tiendas, abiertas entre tanto colgajo, dejaban ver el interior de ellas tan abigarrado como la parte externa; los horteras, de bruces sobre el mostrador, o vareando telas, o charlando. Algunos braceaban, como si nadasen en un mar de pañuelos. El sentimiento pintoresco de aquellos tenderos se revela en todo. Si hay una columna en la tienda la revisten de corsés encarnados, negros y blancos, y con los refajos hacen graciosas combinaciones decorativas.

Narrador omnisciente.

Madrid como espacio de todos los acontecimientos.

Crítica social: enfrentamiento entre el burgo y el pueblo.

La realidad como materia novelable.

Fragmento de la tercera etapa: novelas espirituales:

Misericordia

La mujer de negro vestida, más que vieja, envejecida prematuramente, era, además de *nueva*, temporera, porque acudía a la mendicidad por lapsos de tiempo más o menos largos, y a lo mejor desaparecía, sin duda por encontrar un buen acomodo o almas caritativas que la socorrieran. Respondía al nombre de la *señá Benina* (de lo cual se infiere que Benigna se llamaba), y era la más callada y humilde de la comunidad, si así puede decirse; bien criada, modosa y con todas las trazas de perfecta sumisión a la divina voluntad. Jamás importunaba a los *parroquianos* que entraban o salían; en los *repartos*, aun siendo leoninos, nunca formuló protesta, ni se la vio siguiendo de cerca ni de lejos la bandera turbulenta y demagógica de la *Burlada*. Con todas y con todos hablaba el mismo lenguaje afable y comedido; trataba con miramiento a la Casiana, con respeto al cojo, y únicamente se permitía trato confianzudo, aunque sin salirse de los términos de la decencia, con el ciego llamado Almodena, del cual, por el pronto, no diré más sino que es árabe, del Sus, tres días de jornada más allá de Marrakesh. Fijarse bien.

Tenía la Benina voz dulce, modos hasta cierto punto finos y de buena educación, y su rostro moreno no carecía de cierta gracia interesante que, manoseada ya por la vejez, era una gracia borrosa y apenas perceptible. Más de la mitad de la dentadura conservaba. Sus ojos, grandes y oscuros, apenas tenían el ribete rojo que imponen la edad y los fríos matinales. Su nariz destilaba menos que las de sus compañeras de oficio, y sus dedos, rugosos y de abultadas coyunturas, no terminaban en uñas de cernicalo. Eran sus manos como de lavandera, y aún conservaban hábitos de aseo. Usaba una venda negra bien ceñida en la frente; sobre ella pañuelo negro, y negros el manto y vestido, algo mejor apañaditos que los de las otras ancianas. Con este pergenio y la expresión sentimental y dulce de su rostro, todavía bien compuesto de líneas, parecía una Santa Rita de Casia que andaba por el mundo en penitencia. Faltábanle sólo el crucifijo y la llaga en la frente, si bien podría creerse que hacía las veces de esta el lobanillo del tamaño de un garbanzo, redondo, cárdeno, situado como a media pulgada más arriba del entrecejo.

A eso de las diez, la Casiana salió al patio para ir a la sacristía (donde tenía gran metimiento, como *antigua*), para tratar con D. Senén de alguna incumbencia desconocida para los compañeros y por lo mismo muy comentada. Lo mismo fue salir la *caporala*, que correrse la Burlada hacia el otro grupo, como un envoltorio que se echara a rodar por el pasadizo, y sentándose entre la mujer que pedía con dos niñas, llamada Demetria, y el ciego marroquí, dio suelta a la lengua, más cortante y afilada que las diez uñas lagartijeras de sus dedos negros y rapantes.

«¿Pero qué, no creéis lo que vos dije? La *caporala* es rica, mismamente rica, tal como lo estáis oyendo, y todo lo que coge aquí nos lo quita a las que *semos* de verdadera *solenidá*, porque no tenemos más que el día y la noche.

— Vive por allá arriba — indicó la Crescencia — , *orilla en ca los Paúles*.

— ¡Quiá, no, señora! Eso era antes. Yo lo sé todo — prosiguió la Burlada, haciendo presa en el aire con sus uñas — . A mí no me la da ésa, y he tomado lenguas. Vive en Cuatro Caminos, donde tiene corral, y en él cría, con perdón, un cerdo; sin agraviar a nadie, el mejor cerdo de Cuatro Caminos.

— ¿Ha visto usted la jorobada que viene por ella?

— ¿Que si la he visto? Esa cree que *semos* bobas. La corcovada es su hija, y por más señas costurera, ¿sabes?, y con achaque de la joroba, pide también. Pero es modista, y gana dinero para casa... Total, que allí son ricos, el Señor me perdone; ricos sinvergonzonazos, que engañan a nosotras y a la Santa Iglesia católica, apostólica. Y como no gasta nada en comer, porque tiene dos o tres casas de donde le traen todos los días los cazolones de cocido, que es la gloria de Dios... ¡a ver!

— Ayer — dijo Demetria quitándole la teta a la niña — , bien lo *vide*. Le trajeron...

— ¿Qué?

— Pues un arroz con almejas, que lo menos había para siete personas.

— ¡A ver!... ¿Estás segura de que era con almejas? ¿Y qué, *golía* bien?

— ¡Vaya si *golía*!... Los cazolones los tiene en *ca* el sacristán. Allí vienen y se los llenan, y hala con todo para Cuatro Caminos.

— El marido... — añadió la Burlada echando lumbre por los ojos — , es uno que vende teas y perejil... Ha sido *melitar*, y tiene siete cruces sencillas y una con cinco *riales*... Ya ves qué familia. Y aquí me tienes que hoy no he comido más que un corrusco de pan; y si esta noche no me da cobijo la Ricarda en el cajón de Chamberí, tendré que quedarme al santo raso. ¿Tú qué dices, Almodena? [...]

Cortó los despotriques vertiginosos de la Burlada, produciendo un silencio terrorífico en el pasadizo, la repentina aparición de la *señá* Casiana por la puerta de la iglesia.

— Ya salen de misa mayor — dijo; y encarándose después con la habladora, echó sobre ella toda su autoridad con estas despóticas palabras: «Burlada, pronto a tu puesto, y cerrar el pico, que estamos en la casa de Dios».

Empezaba a salir gente, y caían algunas limosnas, pocas. Los casos de ronda total, dando igual cantidad a todos, eran muy raros, y aquel día las escasas moneditas de cinco y dos céntimos iban a parar a las manos diligentes de Eliseo o de la *caporala*, y algo le tocó también a la Demetria y a *señá* Benina. Los demás poco o nada lograron, y la ciega Crescencia se lamentó de no haberse estrenado.

Fragmento de la tercera etapa: novelas espirituales:

Misericordia

Verosimilitud

Narrador omnisciente que incluye comentarios personales.

La mujer de negro vestida, más que un acomodo o almas caritativas que la trazas de perfecta sumisión a la divinidad demagógica de la *Burlada*. Con todas y con todos hablaba el mismo lenguaje afable y comedido; trataba con miramiento a la Casiana, con respeto al cojo, y únicamente se permitía un trato confianzudo, aunque sin salirse de los términos de la decencia, con el ciego llamado Almudena, del cual, por el pronto, **no diré más** sino que es árabe, del Sus, tres días de jornada más allá de Marrakesh. **Fijarse bien.**

Personajes marginales o con taras físicas.

Tenía la Benina voz dulce, modos hasta cierto punto finos y de buena educación, y su rostro moreno no carecía de cierta gracia interesante que, manoseada ya por la vejez, era una gracia borrosa y apenas perceptible. Más de la mitad de la dentadura conservaba. Sus ojos, grandes y oscuros, apenas tenían el ribete rojo que imponen la edad y los fríos matinales. Su nariz destilaba menos que las de sus compañeras de oficio, y sus dedos, rugosos y de abultadas coyunturas, no terminaban en **uñas de cernícalo**. Eran sus manos como de lavandera, **y aún conservaban hábitos de aseo. Usaba una venda negra bien ceñida en la frente; sobre ella pañuelo negro, y negros el manto y vestido, algo mejor apañaditos que los de las otras ancianas.** Con este pergenio y la expresión sentimental y dulce de su rostro, todavía bien compuesto de líneas, parecía una Santa Rita de Casia que andaba por el mundo en penitencia. Faltábanle sólo el crucifijo y la llaga en la frente, **si bien podría creerse que hacía las veces de esta el lobanillo del tamaño de un garbanzo, redondo, cárdeno, situado como a media pulgada más arriba del entrecejo.**

A eso de las diez, la Casiana salió al patio para ir a la sacristía (donde tenía guardada la *caporala*, que correrse la Burlada hacia el otro grupo, como un envoltorio cortante y afilada que las diez uñas lagartijeras de sus dedos negros y rapantados se salían; en los *repartos*, aun siendo leoninos, nunca formuló protesta, ni se vio siguiendo de cerca ni de lejos la bandera turbulenta y con D. Sembró alguna incumbencia desconocida para los compañeros sentándose entre la mujer que pedía con dos niñas, llamada Demetria

Descripciones detalladas y minuciosas, incluso de aspectos desagradables.

No determinismo ambiental.

«¿Pero qué, no creéis lo que vos dije? La *caporala* es rica, mismamente rica, y aquí se lo **quita a las que semos de verdadera solemnidad**, porque no tenemos más que el día y la noche.

— Vive por allá arriba — indicó la Crescencia — , **orilla en ca los Paúles.**

— ¡**Quiá, no, señora!** Eso era antes. Yo lo sé todo — prosiguió la Burlada, haciendo presa en el aire con sus uñas — . A mí no me la da ésa, y he tomado lenguas. Vive en Cuatro Caminos, donde tiene corral, y en él cría, con perdón, un cerdo; sin agraviar a nadie, el mejor cerdo de Cuatro Caminos.

— ¿Ha visto usted la jorobada que viene por ella?

— ¿Que si la he visto? Esa cree que **semos bobas**. La corcovada es su hija, y por más señas costurera, ¿sabes?, y con achaque de la joroba, pide también. Pero es modista, y gana dinero para casa... Total, que allí son ricos, el Señor me perdone; ricos sinvergonzonazos, que engañan a nosotras y a la Santa Iglesia católica, apostólica. Y como no gasta nada en comer, porque tiene dos o tres casas de donde le traen todos los días los cazolones de cocido, que es la gloria de Dios... ¡a ver!

— Ayer — dijo Demetria quitándole la teta a la niña — , **bien lo vide.** Le trajeron...

— ¿Qué?

— Pues un arroz con almejas, que lo menos había para siete personas.

— ¡A ver!... ¿Estás segura de que era con almejas? **¿Y qué, golía bien?**

— ¡Vaya si **golía!**... Los cazolones los tiene en *ca* el sacristán. Allí vienen y se los llenan, y hala con todo para Cuatro Caminos.

— El marido... — añadió la Burlada echando lumbre por los ojos — , es uno que vende teas y perejil... **Ha sido melitar**, y tiene siete cruces sencillas y una con cinco *riales*... Ya ves qué familia. Y aquí me tienes que hoy no he comido más que un corrusco de pan; y si esta noche no me da cobijo la Ricarda en el cajón de Chamberí, tendré que quedarme al santo raso. ¿Tú qué dices, Almudena? [...]

Cortó los despotriques vertiginosos de la Burlada, produciendo la repentina aparición de la *señá* Casiana por la puerta de la iglesia.

— Ya salen de misa mayor — dijo; y encarándose después con autoridad con estas despóticas palabras: «Burlada, pronto a tu puesto, y cerrar el pico, que estamos en la casa de Dios.»»

Empezaba a salir gente, y caían algunas limosnas, pocas. Los casos de *anda* total, dando igual cantidad a todos, eran muy raros, y aquel día las escasas moneditas de cinco y dos céntimos iban a parar a las manos diligentes de Eliseo o de la *caporala*, y algo le tocó también a la Demetria y a *señá* Benina. Los demás poco o nada lograron, y la ciega Crescencia se lamentó de no haberse estrenado.

Lenguaje adaptado al tipo de personaje: vulgar.

Crítica social: situación económica de la sociedad de finales del XIX

Nombre simbólico.

AUTORES: EMILIA PARDO BAZÁN

- Aristócrata gallega, fue persona cultivada y buena conocedora de las corrientes literarias europeas de su tiempo.
- Obra narrativa variada → comienzos románticos ▶ escarceos naturalistas ▶ seguidora del espiritualismo ruso e, incluso, de la estética modernista en boga.
- Defiende todo lo novedoso → **IDEOLOGÍA CRISTIANA Y CONSERVADORA.**
- El NATURALISMO tan presente en *La tribuna* (1882), *Los pazos de Ulloa* (1886) y *La madre Naturaleza* (1887), es puramente formal: situaciones escabrosas, ambientes degradados gallegos, señores decadentes y criados brutales, crudas descripciones, escenas de desmesurada violencia, etc.
 - ↳ Determinismo naturalista solo es externo y circunstancial, **corregido por la fe religiosa.**



Fragmento de *Los pazos de Ulloa*

Una mañana entró Sabel a la hora de costumbre con las jarras de agua para las abluciones del presbítero, que, al recibirlas, no pudo menos de reparar, en una rápida ojeada, cómo la moza venía en justillo y enaguas, con la camisa entreabierta, el pelo destrenzado y descalzos un pie y pierna blanquísimos pues Sabel, que se calzaba siempre y no hacía más que la labor de cocina y ésa con mucha ayuda de criadas de campo y comadres, no tenía la piel curtida, ni deformados los miembros. Julián retrocedió, y la jarra tembló en su mano, vertiéndose un chorro de agua por el piso.

-Cúbrase usted, mujer -murmuró con voz sofocada por la vergüenza-. No me traiga nunca el agua cuando esté así... no es modo de presentarse a la gente.

[...] Desde aquel punto y hora, Julián se desvió de la muchacha como de un animal dañino e impúdico [...]. Poco tiempo iba transcurrido desde la severa reprimenda, cuando una tarde [...] sintió entrar a Sabel y notó, sin levantar la cabeza, que algo arreglaba en el cuarto. De pronto oyó un golpe, como caída de persona contra algún mueble, y vio a la moza recostada en la cama, despidiendo lastimeros ayes y hondos suspiros. Se quejaba de una aflicción, una cosa repentina [...]. Apenas se inclinó hacia ella, pudo -a pesar de su poca experiencia y ninguna malicia- convencerse de que el supuesto ataque no era sino bellaquería grandísima y sinvergüenza calificada. Una ola de sangre encendió a Julián hasta el cogote: sintió la cólera repentina, ciega y señalando a la puerta, exclamó:

-Se me va usted de aquí ahora mismo o la echo a empujones..., ¿entiende usted? No me vuelve usted a cruzar esa puerta... [...] ¡Largo inmediatamente!

Retiróse la moza cabizbaja y mohína, como quien acaba de sufrir pesado chasco. Julián, por su parte, quedó tembloroso, agitado, descontento de sí mismo, cual suelen los pacíficos cuando ceden a un arrebató de ira [...]. A no dudarlo, se había excedido; debió dirigir a aquella mujer una exhortación fervorosa, en vez de palabras de menosprecio. Su obligación de sacerdote era enseñar, corregir, perdonar, no pisotear a la gente. Al cabo Sabel tenía un alma, redimida por la sangre de Cristo igual que otra cualquiera.

Fragmento de *Los pazos de Ulloa*

Descripciones objetivas y minuciosas.

Una mañana entró Sabel a la hora de costumbre con las jarras de agua para las abluciones del presbítero, que, al recibirlas, no pudo menos de reparar, en una rápida ojeada, **cómo la moza venía en justillo y enaguas, con la camisa entreabierta, el pelo destrenzado y descalzos un pie y pierna blanquísimos pues Sabel, que se calzaba siempre y no hacía más que la labor de cocina y ésa con mucha ayuda de criadas de campo y comadres, no tenía la piel curtida, ni deformados los miembros . Julián retrocedió, y la jarra tembló en su mano, vertiéndose un chorro de agua por el piso.**

-Cúbrase usted, mujer -murmuró con voz sofocada por la vergüenza-. No me traiga nunca el agua cuando esté así... no es modo de presentarse a la gente.

[...] Desde aquel punto y hora Julián se desvió de la muchacha como de un animal dañino e impúdico [...]. Poco tiempo iba transcurrido desde la severa reprimenda que le había dado la cabeza, que iba algo arreglada en el cuarto. De pronto se despertó recostada en la cama, despidiendo lastimeros suspiros. Apenas se inclinó hacia ella, pudo -a pesar de su poca experiencia y ninguna manera de convencerse de que el supuesto ataque no era sino bellaquería grandísima y simpatía calificada. **Una ola de sangre encendió a Julián hasta el cogote: sintió la cólera repentina, ciega** y señalando a la puerta, exclamó:

El determinismo humano y el ambiente, que sucumben ante los instintos más primitivos, son superados gracias a la fe cristiana.

-Se me va usted de aquí ahora mismo o la echo a empellones..., ¿entiende usted? No me vuelve usted a cruzar esa

Narrador omnisciente y observador.

recorrese la moza cubriendo y menuda, como quien acaba de sufrir pesado chasco. Julián, por su parte, quedó tembloroso, agitado, descontento de sí mismo, cual suelen los pacíficos cuando ceden a un arrebató de ira [...]. A no dudarlo, se había excedido; debió dirigir a aquella mujer una exhortación fervorosa, en vez de palabras de menosprecio. **Su obligación de sacerdote era enseñar, corregir, perdonar, no pisotear a la gente. Al cabo Sabel tenía un alma, redimida por la sangre de Cristo igual que otra cualquiera.**

Fragmento de *La madre naturaleza*

Cojeaba el infeliz animal por culpa de un gran tumor que tenía en el ijar derecho [...]. Se recogió el atador las mangas de estopa, y sacó de la faltriquera del pantalón una reluciente navaja de afeitar envuelta en un trapo. Agachóse bajo la paciente, y empuñando el instrumento, con brioso girar de muñeca y haciendo terrible fuerza en el pulgar, sajó casi en redondo el lobanillo. Bramó y resopló de dolor la vaca, intentando huir; pero estaba bien sujeta y el corte dado ya. Sin hacer caso de los mugidos angustiosos ni de las inútiles sacudidas de la bestia, el señor Antón comenzó a esgrimir la navaja casi de plano, desprendiendo la piel que cubría el tumor, y disecando poco a poco, con certeza diestra, sus raíces, como quien desprende de un peñasco los tientos de un adherido pólipo. De rato en rato empapaba con trapos la sangre que corría y le impedía ver. Cada raíz encubría otras más menudas, y la navaja seguía escrutando los ijares del animal, persiguiendo las últimas ramificaciones de la fea excrecencia. Ya casi la tenía desprendida, cuando la vaca, que parecía resignada a su suerte, dio de pronto un empuje desesperado y supremo, logró soltar las patas, derribó de una patada el sombrero de copa del algebrista y echó a correr furiosa. Ciega por el terror, fue a batir contra la muralla del emparrado, donde la alcanzó Perucho. [...] Poco duró el suplicio. El señor Antón, con su rapidez y maestría acostumbradas, arrojaba ya triunfalmente hacia el campo más próximo una masa sanguinolenta e informe, que era el núcleo del lobanillo y su aureola de raíces.

Fragmento de *La madre naturaleza*

Método científico: léxico científico.

Cojeaba el infeliz animal por culpa de un gran tumor que tenía en el ijar derecho [...]. Se recogió el atador las mangas de estopa, y sacó de la faltriquera del pantalón una reluciente navaja de afeitar envuelta en un trapo. Agachose bajo la paciente, y empuñando el instrumento, con torpísimo girar de muñeca y haciendo terrible fuerza en el pulgar, saió casi en redondo el **lobanillo**. **Brayó y resopló de dolor la vaca, intentando huir**; pero estaba bien sujeta y el corte dado ya. Sin hacer caso de los mugidos angustiosos ni de las inútiles sacudidas de la bestia, el señor Antón comenzó a esgrimir la navaja casi de plano, desprendiendo la piel que cubría el **tumor**, y disecando poco a poco, con certeza diestra, sus raíces, como quien desprende de un peñasco los tientos de un adherido **pólipo**. **De rato en rato empapaba con trapos la sangre que corría y le impedía ver. Cada raíz encubría otras más menudas, y la navaja seguía escrutando los ijares del animal, persiguiendo las últimas ramificaciones de la fea excrecencia**. Ya casi la tenía desprendida, cuando la vaca, que parecía resignada a su suerte, dio de pronto un empuje desesperado y supremo, logró soltar las patas, derribó de una patada el sombrero de copa del algebrista y echó a correr furiosa. Ciega por el terror, fue a batir contra la muralla del emparrado, donde la alcanzó Perucho. [...] Poco duró el suplicio. El señor Antón, con su rapidez y maestría acostumbradas, arrojaba ya triunfalmente hacia el campo más próximo una masa sanguinolenta e informe, que era el núcleo del lobanillo y su aureola de raíces.

Narrador omnisciente y observador.

Descripción de los aspectos más sórdidos y descarnados.

Descripciones objetivas y minuciosas.

AUTORES: LEOPOLDO ALAS, “CLARÍN”

- Zamora, 1852 – Oviedo, 1901
- Hombre de espíritu abierto, liberal, anticlerical y republicano. Estudió la carrera de Derecho en Oviedo, se trasladó a Madrid para cursar el doctorado y regresó a Oviedo como catedrático de Derecho de la Universidad de Oviedo.
- Escribió artículos periodísticos, varios cuentos memorables y una de las obras maestras del siglo XIX, *La Regenta* (1885).
- Importancia de la educación en la regeneración de la sociedad.



La Regenta: argumento

- ❑ La herencia familiar (determinismo biológico)
- ❑ La frustración
- ❑ El refugio en la religión
- ❑ El peso de la sociedad (determinismo ambiental)
- ❑ El clérigo hipócrita y ambicioso
- ❑ El burgués libertino
- ❑ El código del honor
- ❑ El peso de la herencia



La Regenta: estructura

Estructura CIRCULAR: principio y fin se sitúan en octubre y en la catedral.

□ Primera parte (Cap. I - XV)

Se desarrolla en tres días y aborda la descripción de los personajes y del ambiente. ➡ Acción lenta.

□ Segunda parte (Cap. XVI - XXX)

Se centra en el desarrollo del conflicto apuntado en la primera parte: las relaciones de Vetusta con Ana, las de don Fermín con Vetusta y las de Ana y el Magistral. Abarca desde noviembre hasta el octubre de tres años después. ➡ Acción rápida y dinámica.



La Regenta: Espacio: La ciudad de Vetusta

- La ciudad de Vetusta, **nombre literario elegido para Oviedo**, se describe morosamente en su cotidianidad, puesto que todo el espacio urbano es revelador del vivir aletargado de sus gentes, en la misma época que escribe el autor, que pone especial atención a la lucha de dos poderes sociales: **la Iglesia y los dirigentes aristócratas que dictan las reglas de conducta de la opinión pública**.
- Es un personaje más. En ella se configura, por tanto, **un mundo de prejuicios** en el que se ven reflejadas las ambiciones burguesas, las intrigas y las luchas del estamento eclesiástico y el ansia de la aristocracia por mantener su poder.



La Regenta: Espacio: Mundo religioso

El mundo religioso



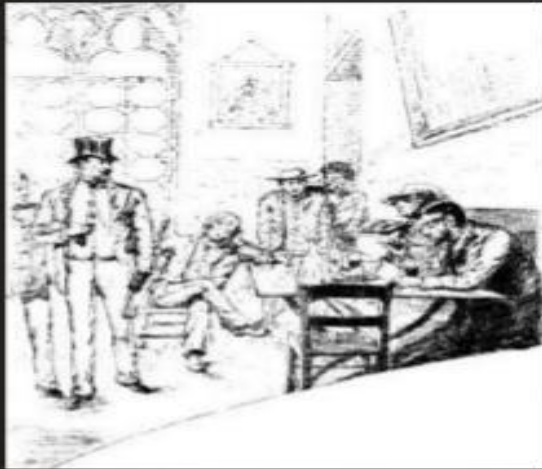
La Catedral, el coro, el confesionario.

La Catedral, el coro, el confesionario.



La Regenta: Espacio: Mundo profano

El mundo profano



El Casino, el teatro, la tertulia de Visitación

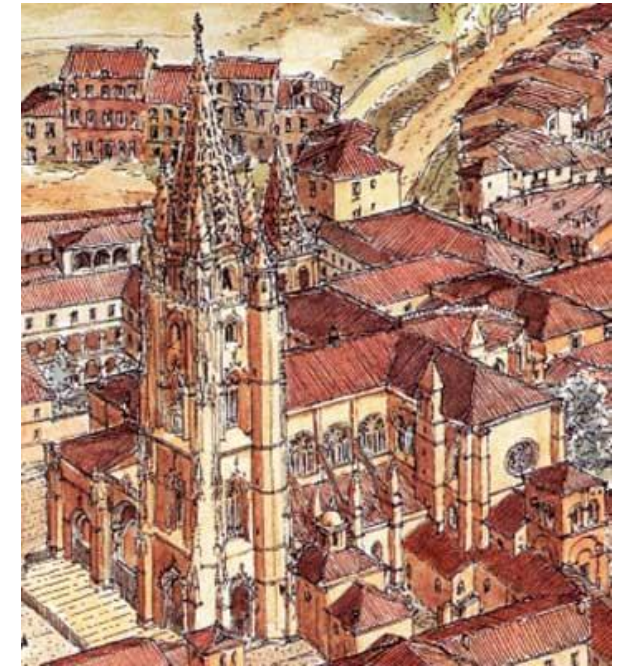
El Casino, el teatro, la tertulia de Visitación



La Regenta: Espacio: La ciudad de Vetusta

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo diez y seis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en la piedra trepaba a la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre esta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.



La Regenta: personajes

Ana Ozores



- Casada con el regente de la ciudad que podría ser su padre.
- Mujer de carácter atormentado, inadaptada e inconforme con su vida, siente que su inquietud espiritual no tiene reflejo en la sociedad superficial de Vetusta.
- Experimenta la lucha que en ella ejerce la religión (representada por don Fermín) y el deseo (que responde a sus ansias de amor en la figura de don Álvaro)
- Es arrastrada por el poder de Vetusta, lo que supone su vergüenza y la frustración de sus aspiraciones.

Don Víctor Quintanar



-
-
-

La Regenta: personajes

Fermín de Pas



- Canónigo magistral, confesor de Ana.
- Hombre ambicioso, dominado por la figura de su madre y sin vocación.
- Pretende tener en sus manos el poder de manejar a toda la sociedad.
- Se enamora de Ana, a quien maneja desde su cargo; utiliza la religión como plataforma de poder.

Álvaro Mesía



- Representa la figura del seductor, y como tal mantiene relaciones con Ana.
- Es el jefe del partido liberal de Vetusta, pero se muestra como un hombre materialista, superficial y cómplice de los intereses de las clases conservadoras.

La Regenta: Significado de la novela

- Decepción ante el mundo y fracaso del amor como salvación espiritual. ➡ Enfrentamiento entre el “querer ser” y la imposibilidad de “serlo”.
- Influencia del ambiente y de la herencia sobre los personajes. ➡ La lucha en el mundo es representada como un fracaso.
- Los personajes aparecen dominados por:

TEDIO

LUJURIA

- Exagerado contraste entre la espiritualidad y la lascivia. Tan falsa es la supuesta pureza del amor místico como del amor romántico, ambos quedan sometidos a la llamada de la carne. ➡ Inautenticidad de todo lo que ahoga la verdadera natura (celibato del clero, como máximo ejemplo de represión y manipulación de los instintos sexuales).
- Intención anticlerical: la ambición de poder del clero no solo se ejerce desde el púlpito, sino y, sobre todo, desde la intimidad del confesionario, que es su principal arma de dominio, el ámbito de presión sobre las mentes para conseguir la sumisión moral.

Fragmentos de *La Regenta* (I)

En la provincia, cuya capital era Vetusta, abundaban por todas partes montes de los que se pierden entre nubes; pues a los más arduos y elevados ascendía el Magistral, dejando atrás al más robusto andarín, al más experto montañés. Cuanto más subía más ansiaba subir; en vez de fatiga sentía fiebre que les daba vigor de acero a las piernas y aliento de fragua a los pulmones. Llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas. Ver muchas leguas de tierra, columbrar el mar lejano, contemplar a sus pies los pueblos como si fueran juguetes, imaginarse a los hombres como infusorios, ver pasar un águila o un milano, según los parajes, debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dorado por el sol, mirar las nubes desde arriba, eran intensos placeres de su espíritu altanero, que De Pas se procuraba siempre que podía. Entonces sí que en sus mejillas había fuego y en sus ojos dardos. En Vetusta no podía saciar esta pasión; tenía que contentarse con subir algunas veces a la torre de la catedral. [...] Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo, sino el trinchante. [...] Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría de devorar él solo. ¡Qué! ¿También aquel mezquino imperio habían de arrancarle? No, era suyo. Lo había ganado en buena lid. ¿Para qué eran necios? También al Magistral se le subía la altura a la cabeza; también él veía a los vetustenses como escarabajos; sus viviendas viejas y negruzcas, aplastadas, las creían los vanidosos ciudadanos palacios y eran madrigueras, cuevas, montones de tierra, labor de topo... ¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios viejos y arruinados de la Encimada que él tenía allí a sus pies? ¿Qué habían hecho? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar.

Fragmentos de *La Regenta* (II)

Y mientras abajo sonaba el ruido confuso y garrulo de las despedidas y los preparativos de marcha, y detrás el estrépito de los que corrían en la galería, y allá en el cielo, de tarde en tarde, el bramido del trueno, la Regenta, sin notar las gotas de agua en el rostro, o encontrando deliciosa aquella frescura, oía por la primera vez de su vida una declaración de amor apasionada pero respetuosa, discreta, toda idealismo, llena de salvedades y eufemismos que las circunstancias y el estado de Ana exigían, con lo cual crecía su encanto, irresistible para aquella mujer que sentía las emociones de los quince al frisar con los treinta.

No tenía valor, ni aun deseo de mandar a don Álvaro que se callase, que se reportase, que mirase quién era ella. “Bastante lo miraba, bastante se contenía para lo mucho que aseguraba sentir y sentiría de fijo”.

“No, que no calle, que hable toda la vida”, decía el alma entera. Y Ana, encendida la mejilla, cerca de la cual hablaba el presidente del Casino, no pensaba en tal instante ni en que ella era casada, ni en que había sido mística, ni siquiera en que había maridos y magistrales en el mundo. Se sentía caer en un abismo de flotres. Aquello era caer, sí, pero caer al cielo.

Para lo único que le quedaba un poco de conciencia, fuera de lo presente, era para comparar las delicias que estaba gozando con las que había encontrado en la meditación religiosa. En esta última había un esfuerzo doloroso, una frialdad abstracta, y en rigor, algo enfermizo, una exaltación malsana; y en lo que estaba pasando ahora ella era pasiva, no había esfuerzo, no había frialdad, no había más que placer, salud, fuerza, nada de abstracción, nada de tener que figurarse algo ausente, delicia positiva, tangible, inmediata, dicha sin reserva, sin trascender a nada más que la esperanza de que durase eternamente. “No, por allí no se iba a la locura”.

Don Álvaro estaba elocuente; no pedía nada, ni siquiera una respuesta; es más, lloraba, sin llorar, por supuesto, “de pura gratitud, sólo porque le oían”. “¡Había callado tanto tiempo! ¿Que había mil preocupaciones, millones de obstáculos que se oponían a su felicidad? Ya lo sabía él; pero él no pedía más que lástima, y la dicha de que le dejaran hablar, de hacerse oír y de no ser tenido por un libertino vulgar, necio, que era lo que el vulgo estúpido había querido hacer de él.”

Fragmentos de *La Regenta* (III)

Echó a correr monte arriba.

«¡Pero ese hombre está loco!», pensaba Quintanar, que le seguía jadeante [...].

El Magistral procuraba orientarse, recordar por dónde había bajado pocas horas antes de la casa del leñador [...] y don Víctor detrás, librándose de las arañas como de leones, de sus hilos como de cadenas.

«Lo mejor es subir por la máxima pendiente, ello está hacia lo más alto... pero arriba hay meseta, vaya usted a buscar...».

[...] Como si nada hubiera dicho don Víctor, con cara amable y voz dulce y suplicante advirtió:

–Señor Quintanar, si queremos dar con ellos tenemos que separarnos; hágame usted el favor de subir por ahí, por la derecha...

[...] Entonces, en cuanto se vio solo, De Pas subió corriendo cuanto podía, tropezando con troncos y zarzas, ramas caídas y ramas pendientes... Iba ciego; le daba el corazón, que reventaba de celos, de cólera, que iba a sorprender a don Álvaro y a la Regenta en coloquio amoroso cuando menos. «¿Por qué? ¿No era lo probable que estuvieran con ellos Paco, Joaquín, Visita, Obdulia y los demás que habían subido al bosque?». No, no, gritaba el presentimiento. Y razonaba diciendo: don Álvaro sabe mucho de estas aventuras, ya habrá él aprovechado la ocasión, ya se habrá dado trazas para quedarse a solas con ella. [...] Y vuelta a correr cuanto podía, tropezando sin cesar, arrastrando con dificultad el balandrán empapado que pesaba arrobas, la sotana desgarrada a trechos y cubierta de lodo y telarañas mojadas. También él llevaba la boca y los ojos envueltos en hilos pegajosos, tenues, entremetidos.

Llegó a lo más alto, a lo más espeso. [...] Siguió hacia la derecha, separando las espinas de cien plantas ariscas, que le cerraban el paso. Al fin vio entre las ramas la caseta rústica... Alguien se movía dentro... Corrió como un loco, sin saber lo que iba a hacer si encontraba allí lo que esperaba..., dispuesto a matar si era preciso... ciego...

– ¡Jinojo! que me ha dado usted un susto... –gritó don Víctor, que descansaba allí dentro. [...]

– ¡No están! –dijo el Magistral sin pensar en la sospecha que podían despertar su aspecto, su conducta, su voz trémula, todo lo que delataba a voces su pasión, sus celos, su indignación de marido ultrajado, absurda en él.

Fin